

VIDA COTIDIANA Y CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD: APORTACIONES SOCIOPSICOLÓGICAS DE PETER L. BERGER Y THOMAS LUCKMANN

Autora: Aileen Azucena Salazar Jasso

Hola Caribdis, veo que has llegado aquí después de platicar con otros compañeros del estante. Si te detuviste en nuestro libro “La construcción social de la realidad” (1986) es porque algo quieres saber sobre nosotros y de lo que hemos escrito aquí. Te parece si antes de responder tus preguntas te cuento quiénes somos y cómo es que llegamos a escribir este libro.

Yo soy Peter Ludwig Berger y nací el 17 de marzo de 1929 en Viena, Austria, pero después de la Segunda Guerra Mundial migré a los Estados Unidos de América donde realicé mis estudios. Se me ha conocido como sociólogo y teólogo, y fui profesor en la *Universidad de Boston* y director del *Instituto de Cultura, Religión y Asuntos Mundiales*.

También me gustaría contarte de Thomas Luckmann, que también aportó ideas para este libro que tienes ahora en tus manos. Thomas nació el 14 de octubre de 1927 en Jesenice, Eslovenia y, al igual que yo, después de la Segunda Guerra Mundial migró a Austria, donde estudió en la Universidad de Viena y la

Universidad de Innsbruck. Posteriormente, se trasladó a los Estados Unidos de América para continuar sus estudios. Thomas se involucró en el estudio de la sociología de la comunicación, del conocimiento y de la religión, así como la filosofía de la ciencia.

Después de un tiempo de dedicación al estudio de las ciencias sociales, en 1962 Thomas y yo nos unimos para escribir este libro que se publicó en 1966. Con estos textos intentábamos responder uno de los cuestionamientos más antiguos de la humanidad: ¿qué es lo real y cómo lo conocemos? Una pregunta que hasta entonces habían intentado responderse los filósofos, pero que era necesario reflexionar también desde la sociología. Para nosotros fue necesario colocar especial atención en las interacciones sociales de la vida cotidiana para comprender cómo es que las personas, los objetos y las experiencias, individuales y grupales, contribuyen a que constituamos mundos que sean comprensibles para nosotros, de manera que dicha comprensión nos permita conducirnos en nuestros en-

tornos cotidianos.

Thomas y yo buscamos explicar cómo se construye la realidad no solo desde las explicaciones de la ciencia, sino que consideramos importante comprender cómo se produce y reproduce esta realidad desde las interacciones de las personas comunes. Nuestra forma de estudiar la realidad nos hizo acercarnos más al mundo que crea el *hombre de calle*, así le denominamos a todas las personas que son habitantes de este planeta y que, aunque no se dediquen a hacer investigación científica, forman parte de los procesos sociales que orientan lo que hacemos en lo individual y que también construyen realidad.



Pero no nos quedamos solo en esto, también intentamos comprender cómo nuestro comportamiento individual influye en las prácticas sociales en las que participamos.

Esto dio pie a que Thomas y yo uniéramos el conocimiento de la sociología y de la psicología para intentar comprender cómo significamos el entorno en el que vivimos a partir de instituciones, hábitos, interacciones sociales, símbolos, y cómo dichos significados permiten que sostengamos socialmente tradiciones y costumbres que son los que delimitan nuestra vida cotidiana. Se nos ha identificado como constructivistas sociales, ya que consideramos que el mundo que habitamos no está determinado solo por las estructuras sociales preestablecidas, ni es inamovible, sino que cada uno de nosotros influye en los espacios sociales y sus prácticas para generar cambios sociales, sean estos intencionales o no. A su vez, dichas estructuras influyen en nosotros para interiorizar creencias, prácticas, estados de ánimo, actitudes, entre otros aspectos que nos hacen adaptarnos socialmente. También se nos considera constructivistas sociales porque consideramos que las acciones humanas están mediadas por significados que construimos socialmente. Los autores que leímos y que nos influyeron para adoptar esta perspectiva fueron principalmente Alfred Schutz y Edmund Husserl con la fenomenología, la rama de la filosofía que coloca en el centro las experiencias mediadas por el lenguaje, para comprender cómo entendemos el mundo y, por lo tanto, cómo nos comportamos dentro de él.

La influencia de Schutz y Husserl nos hizo crear un puente de análisis con la psicología, pues fue así como consideramos a los procesos psicológicos como parte elemental en las acciones sociales. Leer al psicólogo George Herbert Mead y su mirada del interaccionismo simbólico, nos ayudó a entender los procesos psicológicos en la conformación de significados sociales, ya que Mead comprende las acciones sociales como resultado de la mediación de símbolos y significados que vamos entretejiendo a través del lenguaje, y que nos hacen actuar de cierta manera. Otros de los autores que leímos para poder elaborar este libro fueron Karl Marx, Friederic Nietzsche, Wilhelm Dilthey, Karl Mannheim, entre muchos otros.

El libro que tienes en tus manos intenta que interesadas como tú analicen más su vida cotidiana con base en principios de la teoría sociopsicológica, para que reflexionen sobre cómo construimos realidades que guían nuestros comportamientos y nuestras prácticas sociales. Además de aproximarlos a algunas aportaciones de las ciencias sociales en la explicación del comportamiento humano.

La vida cotidiana: una realidad que nos acompaña siempre pero que poco nos detenemos a pensar.

Caribdis, veo que al ver el título del libro te hiciste la pregunta ¿cómo se construye la realidad y si esta es construida socialmente? Esto lo vamos a responder, pero vamos por partes.

Primero te cuento que, además de esa pregunta, Thomas y yo también nos hicimos algunas más como ¿qué es la realidad? ¿construimos la realidad o está determinada por algo o alguien? ¿cómo conocemos lo que conocemos? ¿cómo vivimos sin tener que llevar diariamente libros en la mochila para buscar en el diccionario cada palabra que escuchamos? Aunque nosotros fuimos sociólogos que nos gustaba reflexionar sobre el mundo para entenderlo un poco más, no nos conformábamos con mirarlo desde las teorías sociológicas, sino que nos gustaba ayudarnos de otras disciplinas como la psicología, la antropología, la filosofía o la política, para que nuestros análisis fueran más completos e interesantes.

Pensar en la “realidad”, esa palabra tan escuchada pero que poco nos detenemos a pensar cómo llegamos a ella, es el interés de esta parada en el estante. Nuestra intención aquí es entender cómo se forma el conocimiento que guía el comportamiento de las personas en su vida diaria, es decir, comprender cómo se da la realidad de la vida cotidiana. Hasta antes de escribir este libro, quienes se habían interesado en esta cuestión eran los filósofos, pero ellos buscaban descifrar qué es lo real y cómo se conoce, mientras que nosotros como sociólogos lo que nos interesaba entender era al *hombre de la calle* y cómo constituye su realidad, ya que vive en un mundo que para él es real y sabe que este mundo posee tales o cuales características.

El sociólogo tiene un interés intermedio entre el sentido común y el conocimiento científico, procura indagar las diferencias entre unas realidades y otras, así como los contextos específicos en que éstas se generan y los modos en que las conocemos. Para clarificar esto pensamos en este ejemplo: no es lo mismo la realidad que constituye un Monje del Tibet que un hombre de negocios. En el caso del primero, su vida cotidiana se caracterizará por la búsqueda de la contemplación, la austeridad, la sencillez, mientras que el segundo estará enfocado en ser productivo, vender, acumular ganancias o hacer inversiones; es decir, mientras el monje tibetano intenta despojarse de lo material, el hombre de negocios acumula pertenencias y dinero ¿Qué los hace ser distintos respecto al consumo, lo material y el estilo de vida a estos dos hombres?

En este punto hay que tener mucho cuidado, porque si bien reconocemos la variabilidad de las realidades, dado que son construcciones sociales con base a experiencias individuales y de grupos, tampoco debemos caer en el vértigo de la relatividad. Recuerda que cuando pensamos que el mundo es relativo negamos la búsqueda de una verdad y consideramos infinitas posibilidades que dependerán de que se den ciertas relaciones, también infinitas. Por ejemplo, imagina que vas preguntando por la calle a las personas a las que te encuentras ¿qué es la belleza? Seguramente obtendrás múltiples y variadas respuestas que te pueden hacer pensar que no encontrarías coincidencias entre tantas mira-

das sobre la belleza. Si bien con nuestras reflexiones sobre la realidad no buscamos la verdad absoluta, dado que las personas viven múltiples experiencias que las hacen construir distintas realidades, sí consideramos que el sentido común se constituye a partir de ciertas instituciones, discursos y símbolos establecidos desde antes de que nacemos y que compartimos socialmente durante nuestra vida. En el ejemplo anterior, aunque obtengas diversas expresiones sobre lo que es la belleza, podrías encontrar aspectos en común que atraviesan la mayoría de las opiniones. De esto hablaremos a fondo más adelante.

Thomas y yo partimos de dos tesis: 1. Que la realidad se construye socialmente y 2. Que la sociología del conocimiento es el campo de estudio que debe analizar los procesos por los cuales la realidad se produce. Para irnos entendiendo mejor vamos a definir qué es la realidad y el conocimiento. Para nosotros la *realidad* es una cualidad propia de los fenómenos que reconocemos como independientes de nuestras decisiones (Berger y Luckmann, 2012, p. 11), es decir, es lo que sucede en nuestro entorno independientemente de nuestras voluntades; mientras que el *conocimiento* lo entendemos como la certidumbre de que los fenómenos son reales y que poseen características específicas (Berger y Luckmann, 2012, p. 11).

Para poder responder cómo se construye la realidad y cómo es que vamos adquiriendo y desarrollando conocimiento para movernos en

el mundo, te voy a platicar el libro en tres momentos. Primero, trataremos de entender qué es la vida cotidiana, después analizaremos la sociedad y el orden sociocultural conformado desde que nacemos y en el cual nos desarrollamos adaptándonos a sus formas preestablecidas y, por último, te explicaré cómo este orden preestablecido es interpretado por cada uno de nosotros gracias a las experiencias particulares que vamos teniendo dentro del mismo, y que generan una variabilidad de formas de relacionarnos con las demás personas, con los objetos y sucesos.

Momento 1 ¿Qué es la vida cotidiana?

Todos los días hacemos nuestra vida diaria, comúnmente llamada *cotidianidad*. Podemos decir que la *vida cotidiana* son los pensamientos y acciones que surgen a partir de una realidad interpretada por las personas, que se da gracias a los significados que nos ayudan a entender el mundo de manera coherente.

Estos pensamientos y acciones conforman el mundo intersubjetivo del sentido común. La *subjetividad* es un concepto clave en este entendimiento, porque es el proceso mediante el cual vamos organizando la información que llega a nosotros por nuestros sentidos, y los sistematizamos en categorías conceptuales que nos permiten entender nuestro entorno. Las *subjetividades* vendrían a ser esas manifestaciones de nuestras emociones, pensamientos y comportamientos que experimentamos cuando tenemos una vivencia; lo que resulta de esa vivencia sería nuestra *experien-*

cia subjetiva.

Estas experiencias tienen diferentes capas de significados. Pensémoslo metafóricamente como las capas de una cebolla, cada capa de su epidermis sería una base significativa. Por ejemplo, cuando un bebé llora porque tiene hambre, al recibir la leche como alimento a través de un biberón asociará que ese objeto le saciará el hambre (primera capa significativa). Posteriormente, a través de sus experiencias, empezará a dar cuenta que es la madre la que le provee de ese objeto (el biberón), con lo cual se añade otra capa de experiencia que resultará en la asociación de *madre - proveedora de alimento* (segunda capa significativa). Si en un futuro, ese niño tiene cuidadores distintos a la madre, que también le proveen de alimento a través de biberones, el significado *madre - proveedora de alimento* se modificará y asociará que toda aquella persona que tenga un biberón puede proveerle alimento (tercera capa significativa). Los eventos de la vida diaria relacionados a los alimentos irán añadiendo en el bebé capas de significados en torno a la alimentación. Estas experiencias significativas se darán durante toda su vida, por lo que las capas de significados pueden ser infinitas.

Para que generemos capas significativas necesitamos de las experiencias que tenemos diariamente, las cuales se dan en tres dimensiones analíticas: en un *espacio*, en un *tiempo* y a través de una *interacción social*. Para comprender esta última dimensión de análisis

recurrimos al concepto del *otro generalizado* del psicólogo George H. Mead (1982). Este autor decía que desde que nacemos somos parte de grupos sociales, y el primero de ellos es el núcleo familiar. Es a través de esta convivencia con las personas cercanas que vamos interiorizando las formas adaptativas de comportamiento, es decir, las reglas sociales. Para George Mead, somos personas reflexivas que antes de actuar nos posicionamos en la mirada del resto de las personas para comportarnos de acuerdo con lo que esperan de nosotros. Esta perspectiva general de lo que se espera de nuestro comportamiento es lo que se denomina *otro generalizado*, y esta capacidad de pensamiento abstracto sobre lo que hacemos nos vuelve seres socializados que solo es posible gracias a la interacción social.

Esta interiorización de las reglas sociales y lo que espera el mundo de nosotros se da gracias al lenguaje, ya que al adentrarnos en los sistemas de signos lingüísticos podemos entender y ser parte de prácticas compartidas con el resto de las personas. Estas prácticas sociales sostenidas por signos lingüísticos se les denomina *objetivaciones*. Así, *la realidad de la vida cotidiana no solo está llena de objetivaciones, sino que es posible únicamente por ellas* (Berger y Luckmann, 2012, p. 51). Este punto te lo explico en seguida.

Momento 2 ¿Hay una sociedad preestablecida que define nuestra realidad, incluso antes de nacer?

Vamos a tratar de entender por qué antes de nacer existe una sociedad preestablecida. Cuando nacemos, lo hacemos dentro de un orden social, cultural y biológico, mediado por las significaciones de lenguaje. El hombre se produce a sí mismo dentro de la sociedad a partir de componentes humanos como los biológicos, culturales y lingüísticos, y no es posible entenderlo si se le separa del contexto social. Pero el hombre, al encontrarse en un mundo complejo y variado, con infinitas posibilidades de acción y respuesta ante las prácticas sociales, requiere de tener certeza sobre sus comportamientos. Para esto existe la *institucionalización*, que se refiere a prácticas sociales preestablecidas que permiten generar orden y estabilidad, es decir, crear ambientes ya constituidos donde nos desarrollamos diariamente y donde nos insertamos dependiendo la etapa de vida en la que nos encontremos.

Por ejemplo, cuando nacemos los primeros cuidados que recibimos generalmente son de nuestros padres, pero, posteriormente, nos adentramos en un sistema educativo al inscribirnos a una escuela de educación inicial. Este sistema de escolarización ya existe previamente y sus quehaceres diarios están definidos por reglas, horarios, rutinas, hábitos, actividades, que marcan la dinámica diaria en cada centro escolar. Cuando llegamos el primer día de clases con nuestros compañeros y maestros, nos adentramos a ese mundo escolar ya previamente definido por generaciones anteriores a nosotros; estas dinámicas han

sido consolidadas a través de los años. La Historia es una disciplina que aquí cobra relevancia, porque es la que estudia todos esos cambios dados a lo largo del tiempo, en este caso, en el sistema educativo en México.

Continuando con este ejemplo, a medida que nos adentramos en la dinámica diaria escolar vamos interiorizando reglas escolares que nos generarán hábitos y pautas de comportamiento. Así, cuando llegamos a la educación primaria ya tenemos ideas previas sobre lo que esperan los demás de nuestro comportamiento en nuestro rol de estudiantes, por ejemplo, asistir a clases, aprobar los exámenes, respetar a nuestros compañeros, tener amigos, estudiar antes de las evaluaciones, participar en actividades deportivas o culturales, entre otras prácticas.

Para que te quede más claro pongamos otro ejemplo. Imagina que un día llega una base alienígena a la calle de tu vivienda y baja para llevarte a otro planeta. Después de viajar años luz a través del espacio galáctico llegas a un lugar con seres desconocidos que no hablan tu idioma, que no se alimentan como tú, que no hacen lo mismo que tú, y que al llegar te colocan encima de un objeto extraño y todos te apuntan con sus extremidades ¿qué sentirías? ¿qué harías? ¿cómo saber qué hacer de manera que no provoques en ellos una acción que atente contra tu vida? Tus respuestas probablemente estarán relacionadas a la sensación de incertidumbre, esto porque no te sientes parte de su mundo y, por tanto, no tienes un marco sociocultural y lingüístico que te ayude a descifrar su comportamiento, por no tener experiencias previas con ellos. De esta manera pode-

mos ver la necesidad de este orden social previamente definido para aminorar la inestabilidad humana y la incertidumbre. Lo que nos provee este orden de la sociedad es un entorno estable que constantemente estamos reproduciendo. Ya lo dicen filósofos como Heidegger en su libro *Ser y Tiempo* (1971) cuando nacemos somos arrojados a un mundo para después buscar ser en ese mundo y proyectarnos en él a lo largo del tiempo. Si no viviéramos conforme a reglas, instituciones o tradiciones, al nacer e ir creciendo nos sentiríamos como personas robadas por extraterrestres arrojados a un mundo desconocido.

Ahora te hablaré de cómo vamos interiorizando todas esas instituciones sociales a las cuales pertenecemos y en donde nos desarrollamos. Uno de los términos para entenderlo es la *habituación*, una condición que es antecedente de la institucionalización. Veamos, la *habituación* son esas prácticas que vamos constituyendo diariamente y que se caracterizan por formas continuas de responder de la misma manera ante una necesidad cotidiana. Por ejemplo, si tenemos que salir a la escuela por las mañanas solemos despertarnos temprano para vestirnos, desayunar, lavarnos los dientes, entre otras actividades que requiramos, y poder llegar en tiempo a la primera clase. Estas acciones rutinarias como el despertar a cierta hora, desayunar y lavarte los dientes por las mañanas, forman parte de esos hábitos necesarios para poder responder a una necesidad cotidiana: llegar puntuales a clases, sin hambre y sin olor bucal que pudiera desagradar a los demás. El conjunto de esas acciones es la habituación,

misma que va acompañada de tipificaciones que aprendemos y reproducimos, es decir, les asignamos categorías a las acciones y a los actores, por ejemplo “buena alimentación”, “pulcritud”, “puntualidad”, “mala actitud”, “comportamiento agresivo”, entre otras.

Estas tipificaciones se producen y reproducen mediante la interacción social de las personas, y es lo que nos permite leer el comportamiento de nosotros mismos y de los demás. Estas categorías lingüísticas se van transmitiendo de generación en generación y constituyen un orden institucional. Por ejemplo, una niña en clase golpea a uno de sus compañeros porque en la hora del juego no le quiere prestar un juguete. El niño que fue golpeado cuenta a su maestra lo sucedido, inmediatamente la maestra reprende a la niña llamándole la atención por su actuación. En el mundo escolar la acción de golpear a otra persona ha sido tipificada como negativa, si en el centro escolar está institucionalizado que si alguien golpea a otra persona debe ser sancionada, la maestra no solo llamará la atención a la niña, sino que la remitirá a los directivos escolares para levantar un reporte por *mal comportamiento*. Y así, cada niño que golpee a otro será sancionado de esta forma.

Pero aquí es importante resaltar tres aspectos funcionales de la institucionalización de las prácticas: la *historicidad*, el *control social* y la *tradición*. El que los maestros y directivos de una escuela sancionen el comportamiento de *golpear a otros* cada vez que suceda durante los días escolares (historicidad) para mantener un orden de convivencia entre los niños (control social), generará en ellos un significado negati-

vo sobre la acción de *golpear a otro*, y dicho significado será compartido colectivamente, es decir, entre toda la comunidad escolar, de manera que cada vez que un niño golpee a otro el resto sabrá que el golpeador puede ser sancionado por la maestra y los directivos de la escuela (tradición).

Esta serie de tipificaciones y significados colectivos que se generan diariamente en los distintos espacios sociales, mismos que sostienen prácticas aceptables para mantener la vida social, es lo que denominamos “orden institucional”. Dicho orden tiene *historicidad*, lo que significa que antes de nacer hay otras personas que nos enseñarán o advertirán que al realizar una acción en particular vamos a recibir una aprobación o desaprobación por parte de otros. Es así como el mundo institucional es actividad humana objetivada, es decir, que son actividades compartidas por grupos de personas que sostienen prácticas sociales a lo largo del tiempo. Con esto se explica por qué tenemos leyes, reglas, tradiciones, costumbres, valores sociales, entre otros, que seguimos, aceptamos y mediante los cuales actuamos.

En el ejemplo de la acción de *golpear a otros* en la escuela, serán quienes nacieron antes que nosotros y que ya vivieron años escolares, como nuestros padres, hermanos o amigos, los que no adviertan que si golpeamos en la escuela seremos sancionados. Con este ejemplo podemos dar cuenta que, para que una tradición se sostenga tiene que haber una reciprocidad significativa, y ¿qué significa esto? que las personas involucradas en las prácticas de dicha tradición tienen que compartir su significado

entre ellas. En este caso, el hecho de golpear a otros será sancionado y desaprobado socialmente, siempre y cuando los maestros, los estudiantes, los padres de familia y los directivos de la escuela, signifiquen a esa acción como algo negativo. Este proceso de aceptar, compartir y no poner en cuestión el sentido de esta institución (institución = si alguien golpea será sancionado) es lo que denominamos *legitimación*.

Pero legitimar una práctica o regla social no se da por sí solo, sino que es producto de una conciencia reflexiva sobre las instituciones y su funcionalidad. Es decir, cuando aceptamos y respetamos una regla de comportamiento es porque para nosotros seguir esa pauta es necesario para funcionar socialmente. Si sentimos que una regla de comportamiento social atenta a nuestros intereses o nos obstaculiza el funcionar adecuadamente, dejamos de reproducirla o respetarla. Así, para que una práctica social se sostenga en el tiempo es necesario que las personas que están involucradas en dicha práctica compartan su significado y las experiencias en torno a ella. Si esto sucede nosotros le llamamos que existe *cohesión social* en torno a dicho comportamiento.

Los procesos señalados hasta ahora, como la *institucionalización*, la *habituación*, *historicidad*, *el control social*, *la tradición*, *la legitimación* y *la cohesión social*, se dan gracias a la mediación del lenguaje. La comunicación entre las personas involucradas en estos procesos se comunica a través de signos lingüísticos (imágenes, símbolos, palabras, significados) logrando así compartir experiencias y conoci-

miento en torno a las prácticas sociales.

Este conocimiento y el significado de las cosas se sedimentan en el lenguaje, es decir, que se van anclando a los signos lingüísticos que nos ayudan a comunicarnos, de manera que cuando escuchamos palabras de la vida cotidiana asociamos esas palabras con significados previamente constituidos y que compartimos con las demás personas. Ejemplo, cuando escuchamos o leemos la palabra “golpear” muy probablemente la asociemos a algo “malo” o “agresivo” y habría que conocer más sobre el caso de quien llevó a cabo la acción de golpear para matizar nuestras interpretaciones, no obstante, la acción en sí misma de golpear estará relacionada a la agresión. Este anclaje de significados en el lenguaje compartido por un grupo social es lo que denominamos “sedimentación intersubjetiva”, porque los significados se sedimentan en el lenguaje, es decir, se retienen a través de signos lingüísticos, y se reproducen y comparten con el resto de las personas, de manera que constituyen formas de pensar que poco cuestionamos por su grado de aceptación social.

Es a partir de esta sedimentación en el lenguaje que nuestras experiencias se vuelven intersubjetivas, porque podemos compartir subjetividades con otras personas gracias a la comunicación intergrupala. De ahí que nuestras experiencias subjetivas pueden volverse experiencias objetivas, porque son sostenidas, entendidas y significadas en espacios sociales cotidianos. Para que estas prácticas cotidianas se legitimen a través del lenguaje mediante las experiencias, se necesita de mecanismos que

transmitan estas pautas sociales y las comparten entre sus miembros, tal es el caso de la escuela, que es un lugar donde interiorizamos muchas de las ideas y comportamientos a través de los cuales nos sentimos pertenecidos a una sociedad; por ejemplo, reglas y valores, rituales patrióticos, festividades, costumbres culturales, prácticas disciplinarias, entre muchos otros.

Anteriormente dijimos que para que una práctica social se sostenga en el tiempo tiene que ser legitimada entre las personas que la reproducen, y que comparten su significado y las experiencias en torno a ella. El nivel más alto de la legitimación se da cuando los miembros de todo un aparato social, a partir de esta sedimentación en el lenguaje, constituyen universos simbólicos que permiten significar como aceptadas dichas prácticas.

Hasta aquí hemos aprendido la manera en cómo llevamos a cabo comportamientos compartidos con el resto de las personas con quienes convivimos diariamente, y cómo dichos comportamientos son aprendidos, sostenidos y aceptados socialmente, sin detenernos a pensar cómo responder ante cada exigencia cotidiana. Sin embargo, aunque el orden institucional pareciera inamovible por su instauración colectiva a lo largo de los años y su aceptación entre los miembros de un grupo, es posible modificar las instituciones o, incluso, abolirlas, a partir de experiencias individuales que van construyendo significados distintos en torno a los objetos, las personas y las acciones. De esto vamos a hablar en el siguiente momento.

Momento 3 ¿Nos adherimos al orden preestablecido de la sociedad o podemos generar cambios sociales a partir de nuestras experiencias individuales?

Aunque hemos dicho que el orden institucional se sedimenta en el lenguaje y eso nos permite compartir significados en torno a las prácticas sociales y sostenerlas a lo largo del tiempo, no debemos dejar de lado que finalmente este orden social es producto humano. Esto nos lleva a pensar que somos todos los humanos quienes generamos estas instituciones sociales y, por lo tanto, quienes podemos modificarlo.

Para poder entender las posibilidades de cambio social desde nuestras conductas individuales, tuvimos que echar mano de autores clásicos de la Psicología como George Herbert Mead, ya que necesitamos entender cómo cada uno de nosotros se apropia de la realidad que constituye dicho orden social.

Desde que nacemos nos adentramos en un mundo ya establecido. Nuestro primer entorno social es el que constituye la relación con nuestra madre, o bien, con el cuidador que se haga cargo de nuestra alimentación y protección, al ser la primera persona con la que tenemos contacto cotidiano y que está fuera de nuestro Yo. En un principio la forma de comunicarnos con los demás será no verbal a través de gestos, balbuceos o el llanto, pero a medida que vamos creciendo las experiencias se van ampliando al relacionarnos con otras personas como nuestros hermanos, tíos, abuelos, vecinos, entre otros, y paralelo a estas experiencias vamos adquiriendo un lenguaje más complejizado, co-

mo signos, imágenes, palabras, que asociamos con significados.

Por ejemplo, una niña de dos años que está jugando con su hermano mayor, cuando éste no le presta un juguete ella le suelta un golpe con su mano, de manera que el hermano llora sin parar y avisa a su mamá lo sucedido. La madre, al ver la situación, arremete contra la niña y le dice que no debe golpear a su hermano porque eso es “malo” y provoca “dolor” en él. La niña comenzará a asociar que golpear es *malo* y causa *dolor*. La próxima vez que la niña lleve a cabo esa acción intentará negar la situación por temor al regaño de la madre, o bien, se sentirá descubierta y apenada asumirá que causó dolor a su hermano. Lo que está ocurriendo aquí es lo que denominamos *internalización de la realidad*, es decir que aprehendemos e interpretamos de manera inmediata un acontecimiento en cuanto expresa un significado.

La internalización de la realidad al significar nuestras acciones tiene tres funciones:

Aprehender el mundo significativo. La niña asociará al hecho de golpear a su hermano con el significado de malo o agresivo.

Comprender el comportamiento de los otros. La niña trasladará ese significado de malo o agresivo a cualquiera persona que golpee a otro. Cuando la niña observe que alguien más golpea, interpretará que esa acción es mala o que está causando dolor a la persona que golpea.

Ser miembro de un grupo social. La niña evitará golpear a otros para no ser reprendida y, en caso de hacerlo, sabrá que puede ser rega-

ñada o castigada por alguien más.

Cuando nos adentramos en estos tres procesos para comprender el comportamiento de otros y pertenecer a un grupo social nos adentramos también en las posibilidades de socialización, que para nosotros se da en dos etapas, una consecutiva de la otra: la socialización primaria y socialización secundaria. Ahora te explicaré qué implica cada una de ellas.

Socialización primaria: esta se da mediante los vínculos que se producen en el primer mundo que conocemos, que generalmente es la familia en la cual nacemos. Si bien no definimos edades en particular, sí la enmarcamos en la primera infancia que algunos teóricos la denominan de los 0 años a los 6 años (Papalia, Wendkos y Duskin, 2004). Esta etapa es donde interiorizamos roles y actitudes de las personas que nos rodean, por ejemplo, quién es mamá, quién es mi hermano, mi abuela, el vecino, quién soy yo respecto a ellos. Este tipo de socialización es gracias al desarrollo del lenguaje. Es a partir de interiorizar un *Yo*, un *Tú*, un *Mío*, un *Tuyo*, entre otras posesiones lingüísticas, que vamos entendiendo el mundo social y nuestra identidad individual y sociocultural. Vamos constituyendo el género que somos, la importancia de la alimentación, del aseo personal, de la convivencia con las demás personas, por mencionar solo algunos de los infinitos aprendizajes en esta etapa. Para entender este tipo de socialización recurrimos nuevamente al concepto del *otro generalizado* de George Mead, recuerda que fue el psicólogo social que influyó en nuestra teoría.

Algo muy importante en la aprehensión y construcción de estos significados al darse esta socialización primaria es la carga emocional. Al ser una fase donde el lenguaje y nuestra conciencia apenas se está desarrollando, lo que domina son las emociones que nos vincula con las personas y objetos cercanas a nosotros, por ejemplo, asociar el biberón con la alimentación y, a su vez, con una sensación de saciedad, o bien, asociar la presencia de mi madre con una sensación de protección y seguridad cuando está conmigo. A medida que vayamos creciendo iremos racionalizando que en ocasiones nuestra madre tendrá que salir de casa y que aun así podemos estar seguros en otros sitios, como en la escuela o al cuidado de otras personas. Así, conforme vayamos desarrollando más el lenguaje acompañado de experiencias cotidianas, iremos adquiriendo conciencia sobre quiénes somos y sobre nuestro entorno por lo que nuestras asociaciones significativas pasarán de ser dominadas por la emoción a ser dominadas por la razón. Y es así como pasamos a la siguiente etapa de socialización.

Socialización secundaria: Algo que es importante esclarecer es que sin la socialización primaria no es posible la socialización secundaria. Esta última refiere las socializaciones que surgen cuando nos relacionamos con entornos más allá de la familia, como los escolares, vecinales o laborales. A medida que necesitamos inscribirnos en nuevos espacios sociales vamos interiorizando ya no solo las reglas de comportamiento dentro del hogar, sino también reglas fuera de él, tal es el caso de la escuela. Al acudir diariamente a nuestras clases internalizamos

el submundo institucional de la escolarización que conlleva aprender conocimiento especializado, deportivo, cívico, de convivencia, entre otros aprendizajes. Otro ejemplo es cuando nos adentramos en el mundo del trabajo para generar ingresos económicos; vamos aprehendiendo las reglas y comportamientos necesarios para adaptarnos a las exigencias laborales diarias, horarios de trabajo, derechos y obligaciones como trabajador, requerimientos de vestimenta, exigencias en el desempeño laboral, entre otros aspectos.

Así, al adentrarnos a los submundos en los cuales es necesario que nos adentremos a medida que vamos avanzando en la edad y donde adquirimos mayores responsabilidades sociales, vamos también adentrándonos en la realidad de la vida cotidiana. Conocemos la división del trabajo de acuerdo con profesiones, salarios, puestos y responsabilidades laborales. Interiorizamos exigencias socioculturales de comportamientos según nuestro género, significamos procesos sociales como el matrimonio, la maternidad, la paternidad, constituimos proyectos de vida en función de esta interiorización de reglas sociales y de necesidades cotidianas. Es decir, vamos delineando nuestros roles sociales de acuerdo con los espacios donde convivimos diariamente y donde adoptamos distintas responsabilidades.

Al involucrarnos en espacios sociales menos personales que el entorno familiar, esta interiorización de las instituciones puede prescindir de la carga emocional. Esto quiere decir que puedo aprehender las reglas de comportamiento dentro del salón de clases e incluso seguirlas,

sin amar a mis maestros y a mis compañeros. O bien, puedo ir todos los días al trabajo y colaborar amablemente con mis compañeros, al haber interiorizado las reglas de cortesía, sin tener una amistad cercana con ellos.

Lo anterior permite que en esta socialización desarrollemos un pensamiento abstracto que nos va a permitir interiorizar instituciones de un campo en específico, logrando trasladar el aprendizaje de esas instituciones a cualquier espacio propio de ese campo. Ejemplo, si al ir a la escuela primaria he aprendido que no debo golpear a mis compañeros, cuando yo ingrese a la escuela secundaria nadie me lo tendrá que decir, pues yo habré aprendido previamente y lo aplicaré en la secundaria, aunque sepa que es una escuela distinta. Esta capacidad de abstracción me permitirá trasladar aprendizajes de reglas de comportamiento de un espacio social a otro para saber cómo responder en ellos cotidianamente.

De esta manera generamos una conciencia entre lo que somos nosotros, lo que denominamos nuestro *Yo total*, y la realidad institucionalizada, esos roles y reglas sociales que debemos seguir para inscribirnos en distintos espacios de convivencia. Y la socialización secundaria nunca termina, porque continuamente estaremos expuestos a situaciones y lugares donde tendremos que comportarnos respecto a reglas de grupo y cada vez estaremos teniendo nuevas adquisiciones de acuerdo con los entornos en donde nos vinculemos.

Y aquí entramos a un último punto, que es clave para entender dónde entra nuestra subje-

tividad e individualidad en todas esas interiorizaciones de instituciones preestablecidas. Por un lado tenemos a la estructura social, que sería ese entramado institucional de los espacios sociales en donde las personas se involucran diariamente, pero para poder funcionar y continuar en el tiempo se requiere de procesos sociales que dinamicen dichos entramados institucionales. Quienes dinamizamos esos procesos somos cada uno de nosotros al adentrarnos en las rutinas diarias de las escuelas, los lugares de trabajo, las asociaciones a las que pertenecemos, los hospitales donde nos atendemos la salud, entre muchos otros lugares. Estas rutinas nos permitirán una interacción cotidiana con las demás personas y nos iremos arraigando en los significados que se gesten en la dinámica diaria de cada lugar.

Por ejemplo, cuando somos estudiantes de preparatoria sabemos que, si no cumplimos con tareas, no asistimos a clases o no estudiamos para los exámenes, probablemente no aprobemos las asignaturas escolares. Esto lo sabemos porque ya pasamos por un proceso de *arraigo de la institución*, es decir, hemos cursado ya seis años de educación primaria y tres de secundaria, donde sacábamos una mala nota si no cumplíamos con estas actividades (reglas escolares). De manera que al llegar a la preparatoria cumplimos con las actividades para aprobar y de no cumplirlas no nos sorprende la mala nota; de lo contrario, al cumplirlas sentimos satisfacción porque obtuvimos una nota alta y consideramos que se retribuyó el esfuerzo realizado como estudiante.

Cuando las instituciones o reglas de com-

portamiento social van acorde a la definición subjetiva de la realidad, habrá mayor arraigo del comportamiento de las personas involucradas. Si en la preparatoria realizamos tareas, estudiamos para el examen y asistimos a clases para aprobar la asignatura (instituciones), es porque lo creemos necesario para aprender en las clases y sacar una buena nota (definición subjetiva). Cuando estas instituciones dejan de ir acorde a las definiciones subjetivas, pueden modificarse, o bien, hasta extinguirse. Si en la materia de historia la maestra comienza a aprobar solo a aquellos estudiantes que participan elaborando ideas durante la clase, sin considerar las actividades que realicen y las notas que saquen en los exámenes, el grupo comenzará a significar que no es necesario estudiar para los exámenes o cumplir con las tareas, por lo que esa institución se extinguirá y se crearán nuevas formas para aprobar la materia. Si bien nos movemos en universos simbólicos amplios que vamos aprendiendo con el lenguaje y que nos permiten adaptarnos a los distintos lugares, creamos sub universos simbólicos en función de nuestras experiencias que pueden coincidir o no con las instituciones establecidas pudiendo cuestionarse y, a largo plazo, modificarse.

Pongamos otro ejemplo. Un trabajador asiste motivado diariamente a su trabajo, se adentra en las instituciones de su espacio laboral para ser el mejor trabajador y cumplir con las metas que su jefe le pide. Su definición subjetiva es que al cumplir con sus metas de trabajo tendrá recompensas de reconocimiento y de ingresos en su salario. No obstante, comienza a darse cuenta que su jefe le pide cada vez más horas

extras de trabajo, le da un mal trato y no le aumenta su salario, a pesar de haber cumplido con sus metas del mes. El trabajador comenzará a modificar su definición subjetiva y significará que, aunque se esfuerce, no rendirá frutos laborales que le beneficien. De esta manera, disminuirá su motivación para cumplir metas en su trabajo, estará de mal humor y no cumplirá reglas de comportamiento como llegar temprano o quedarse horas extras. Esta situación irá desarraigando al trabajador del contexto institucional de su empleo, de manera que no se sentirá pertenecido a su lugar de trabajo. Estos desarraigos institucionales provocados por un desánimo debido a estas situaciones de maltrato o explotación laboral pueden ser motivos de toda una huelga o un paro laboral por los trabajadores en una empresa. Esto clarifica nuestra premisa de que cuando hay una distancia entre la definición subjetiva de las personas y su interiorización de las instituciones de los espacios sociales, es cuando puede haber cambios sociales y, por tanto, modificación de las reglas sociales generando nuevos entramados institucionales.

Conclusión

Caribdis, hemos llegado al final y espero te vayas con algunas respuestas, pero también con muchas más preguntas.

Reflexionar sobre la construcción de la realidad es voltear a ver las instituciones sociales que producimos y reproducimos diariamente, a través de la adquisición del lenguaje y de nuestras experiencias. Esto es importante porque quiere decir que podemos dar cuenta de quié-

nes somos y cómo pensamos solo deteniéndonos a analizar nuestras ideas, emociones y comportamientos en un entorno determinado. De esta manera, podemos entender nuestras realidades comprendiendo las instituciones, hábitos, historias, tradiciones, así como prácticas sociales que legitimamos y en las cuales nos adentramos cotidianamente sin cuestionarnos.

Estos aspectos reflexivos también nos ayudarán a comprender por qué hay instituciones que no se sostienen en el tiempo, o por qué las personas dejan de seguir ciertas reglas sociales o dejan de creer en ciertas tradiciones. Cuando las instituciones no se respetan es porque no están legitimadas por las personas que están involucradas en ellas, esto quiere decir que sus experiencias e intereses individuales distan de lo que proyectan dichas instituciones. Esto nos lleva a pensar que, para que las personas cumplan con las reglas de comportamiento de un espacio o situación en particular, éstas deben ser definidas acorde a los intereses colectivos y de bien común, de manera que las personas consideren funcional y necesario seguir una regla en particular. Pensemos en las personas que manejan un coche, para que cumplan las reglas de tránsito tienen que pasar por un proceso de educación vial donde signifiquen que seguir reglas de tránsito es para un bien común (evitar accidentes viales, por ejemplo). Los procesos institucionales tan necesarios para un orden social no se dan mágicamente, estos deben ir acompañados de universos legitimadores que solo serán posibles por las personas involucradas.

Con esto concluimos que la realidad se cons-

truye socialmente a partir de las instituciones a las cuales nos adherimos y vivimos, no obstante, esta realidad es modificable y tenemos la capacidad de cambiarla. Si tenemos nuevas experiencias, estas nos llevarán a inscribirnos en nuevas relaciones sociales que irán influyendo en nuestra forma de concebir el mundo. El orden institucional es el marco de nuestras acciones individuales y colectivas, pero somos nosotros los que le damos vida y quienes tenemos la posibilidad de modificarlo a partir de un pensamiento crítico reflexivo en torno a las distintas instituciones educativas, laborales, políticas, culturales, económicas, ambientales, en las cuales nos desenvolvemos y de las cuales somos parte.

Referencias.

- Berger, P. y Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Heidegger, M. (1971). *El ser y el tiempo*. Traducción de José Gaos. Fondo de Cultura Económica.
- Mead, G. H (1982). *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós Ibérica.
- Papalia, D., Wendkos, S. y Duskin, R. (2004). *Desarrollo Humano*. Mc Graw Hill.

Autora:

Aileen Azucena Salazar Jasso

Universidad Autónoma de Tamaulipas

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Miembro del grupo disciplinar (UAT-GD-142) Sociedad, familia y salud GDI

aileen.salazar@docentes.uat.edu.mx